



Columna



Marcos Muñoz Robles,

sociólogo e investigador del Ceder de la Universidad de Los Lagos

El desaliento del sentido escolar

La forma en que las nuevas generaciones experimentan el futuro ha cambiado de manera decisiva. No se trata sólo de fallas en el sistema educativo o de déficits de infraestructura, sino de una transformación más profunda que atraviesa la escuela, la universidad y los soportes afectivos que las sostienen. Cuando la precariedad deja de percibirse como un episodio transitorio y se instala como condición persistente, se debilita la base que sostenía el trayecto escolar.

Durante décadas, la escuela funcionó como una fábrica de sentido basada en una promesa diferida: el esfuerzo del presente garantizaba un porvenir. Esa lógica justificaba el sacrificio en función de la previsibilidad del mañana. Hoy, esa promesa ha perdido consistencia. El resultado es un vaciamiento progresivo de la escuela desde dentro: el horizonte hacia el cual debía orientarse el esfuerzo se ha vuelto incierto.

Este diagnóstico se vuelve visible en la vida cotidiana. Es difícil sostener la legitimidad del aula cuando el entorno muestra a profesionales titulados trabajando en servicios de reparto o conduciendo aplicaciones para cubrir necesidades básicas. La moratoria social, ese tiempo protegido que la escuela ofrecía para proyectar la vida, ha sido desplazada por una incertidumbre temprana. El estudiante ya no habita un espacio de preparación, sino de anticipación ansiosa frente a un mercado laboral que ha debilitado su capacidad de integración.

En Chile, la sobrecualificación, el desajuste entre formación y empleo y la persistencia de la informalidad han dejado de ser excepciones para convertirse en rasgos estructurales.

El empleo se percibe como una lucha individual por no caer, en un mundo del trabajo fragmentado donde las mediaciones colectivas han perdido eficacia. En este escenario, el capital transnacional desborda la capacidad regulatoria de los Estados y reconfigura la economía laboral.

Este no es un vacío neutro, sino socialmente producido. Allí donde el trabajo formal deja de garantizar integración, emergen formas paralelas de organización. En este contexto, la economía del ilícito puede operar como un principio alternativo de pertenencia, ingresos y poder allí donde la escuela y el mercado han perdido capacidad de promesa. Según el Observatorio del Narcotráfico de la Fiscalía Nacional, se ha documentado una creciente participación de menores en delitos asociados al microtráfico, lo que sugiere la penetración territorial de estas dinámicas.

Así, la convivencia escolar se presenta como el desafío de una sociedad precarizada que se inscribe en ella. El reto de su estudio implica comprender cómo se reconfiguran la autoridad, los vínculos entre pares y la participación estudiantil en contextos de creciente precarización.

La crisis del sentido escolar refleja una sociedad que ha debilitado su capacidad de proteger las trayectorias.